

forma realmente apropiada á estas tiernas inteligencias por su sencillez, si bien idónea para exaltar las imaginaciones por su estructura poética, muy gustada de los pueblos orientales á quienes cuadran los símbolos; el apólogo, decia, suspende los ánimos de los inspirados labios del Salvador y le congrega oyentes que caen á una en trasportes de entusiasmo al eco de aquella tierna palabra, la cual anima con su soplo los corazones al amor, y enciende las inteligencias en la fe, y arrastra las voluntades á la persuasion, y obra por la doble virtud de la enseñanza y de la poesía, esmaltadas con refranes, sentencias, apotegmas, que parecen por un lado el cuento dicho al niño, por otro el cánón concebido en la inteligencia del filósofo, por otro la voz misma del cielo. Jamás se encerraron ideas mas vastas en formas mas sencillas, ni dogmas mas profundos en lenguaje mas popular y mas llano.

En estos bellísimos apólogos resaltan de una manera palpable las estrechas relaciones entre el mundo moral y el mundo material. Por ejemplo, Cristo habla del labrador, que salió una semana á sembrar; y como derramara parte del grano en el camino comiéronselo á seguida los pájaros; y como derramara otra parte en árido pedregal, si bien brotó, no arraigaron sus raíces ni crecieron sus tallos; y como sembrara otra parte en las zarzas, ahogáronla sin piedad las espinas; y solamente el grano arrojado en buena tierra, bien sazónada, arraigó, brotó, creció, espigó, y dió sesenta por uno. Y como le preguntaran por qué hablaba en parábolas, contestó que este era el mejor modo de dar á conocer los misterios del cielo. Y en efecto, mil enseñanzas de esta suerte brotan á cada paso en los discursos de Jesus: ya la siembra del trigo; ya el grano de mostaza, la mas diminuta de las simientes, que da el mayor de los árboles; ya la levadura en el pan; ya la perla en la concha, dánle ocasion para hablar de las consecuencias del pecado y de las maravillas del reino de Dios en los cielos. Solamente con esta sencillez suprema podia dar la verdad á sus discípulos y á sus oyentes. Dos elementos formaban el auditorio de Jesus, uno permanente y otro cambiante. Era el cambiante aquella muchedumbre que solia condensarse y desvanecerse, como la espuma en las aguas; y era el permanente aquel cenáculo de discípulos, que le seguia á todas partes y se empapaba en su doctrina para adorarla en el propio corazon y difundirla en el corazon de los demás. Doce fueron estos discípulos, y alcan-

zaron tal número en conmemoracion de las doce tribus de Israel, como para demostrar el culto del Redentor á las fórmulas de la antigua ley. Jesus los ha recogido en su compañía, y los ha llamado á su seno, á las orillas del mar de Galilea, en cuyas aguas eran pobres pescadores. Durante la vida del Maestro no se apartaron de él, pues imbuidos de ideas exclusivamente mesiánicas y judías, podian faltar ó torcer el pensamiento capital del Cristianismo, que empieza, como las instituciones vividoras, por una diminuta asociacion, hija de un pensamiento individual, y concluye por llenar y henchir toda la tierra. Lo que mas debia recelar Cristo en sus discípulos era el sentido político arraigado profundamente en los hijos de Israel. Hacia poco tiempo que un judío, aterrado ante la inmensidad del poder romano y dolorido ante la miseria y la esclavitud del pueblo escogido, resolvióse á luchar como bueno, aunque le costase la vida, contra los enemigos y los opresores de su patria. Esta tentativa heroica, pero frustrada, léjos de ocurrir á ningun peligro, ni de curar ningun mal, habia agravado la suerte del pueblo. Judas de Gamala se decia el revolucionario, el Macabeo, el judío heroico que combatiera con el destino, y que al desafiar á Roma, desafiaba al Universo rematado entonces por la estatua formidable de la Fortuna romana. El escritor judío Josefo, á pesar de los frecuentes apuros en que lo pone el combate entre su conciencia de historiador y su deseo de no deservir á la autoridad romana, ensalza en términos calurosos á este patriota, y nos dice cómo llevaba su entusiasmo republicano por la libertad hasta el extremo de preferir la muerte á llamar á ningun mortal monarca ó señor, nombres reservados á Dios, y solamente á Dios, en su pura y tranquila fe. Así, arrastrado por esta serie de pensamientos, prohibia pagar tributo al César, por creer que se le alzaba con tamaño homenaje á la misma altura de Dios. Seis años tenia Cristo, cuando estas ideas de un galileo encendian los ánimos en su patria misma, y provocaban una de esas sublevaciones semíticas, en que porfían el arrojo con la paciencia. El procurador romano Copponio venció á la insurreccion y al insurrecto; pero no venció á su idea, cuyos rastros quedaron en Palestina, como para mantener vivos el horror al tributo y el apego á la revolucion. No podian los sucesores de Judas, despues de este escarmiento, predicar con tanta holgura la apelacion desesperada al recurso supremo de la fuerza; pero podian man-

tener vivo el espíritu democrático de su pueblo predicando el odio á los poderosos, el menosprecio de las riquezas, el sacrificio de la vida, el amor indomable á la libertad y á la justicia. Y esto hacia Juan, al refugiarse en el desierto, y anunciar el reino de Dios, bañándose en el Jordan todas las mañanas, por lo cual llamáronle Bautista, el que se baña de madrugada, á fin de sostener con la limpieza del cuerpo la limpieza del alma y congregar en torno suyo almas exaltadas y dispuestas á conservar siempre vivas las esperanzas mesiánicas del pueblo. Herodes comprendió el sentido oculto de la predicación del Bautista, y lo degolló; pero las persecuciones fecundan con la sangre de los mártires las ideas vivas, destinadas á arraigarse en las conciencias. El sentido democrático del pobre Judas, de aquel mártir aniquilado bajo el peso de la fatalidad, pasó á todo el pueblo de Galilea, y por consiguiente, á los amigos de Jesus, á los compañeros de sus trabajos, á los míseros pescadores de Galilea, incapaces, cuando oían la divina palabra, de alzarse hasta la concepción de un reino espiritual, oculto en los eternos cielos.

En esto vinieron los días de la Pascua, y con los días de la Pascua la llegada de muchos judíos á Jerusalem, que iban de todos los puntos del Imperio romano, llevando de Alejandría ideas griegas en ofrenda al templo y volviendo á Alejandría ideas judías en ofrenda á la ciencia, con cuya misteriosa conjunción se verificaba la nueva síntesis indispensable al florecimiento del nuevo espíritu. Dos millones setecientas mil almas llenaban, según Josefo, en esta Pascua la triste Jerusalem, que solo tenía de ordinario cincuenta mil habitantes. Imaginaos cuán fáciles de exaltar y cuán propensos á lo maravilloso aquellos hombres, dotados de las dobles calidades de su raza, grandes teólogos y grandes comerciantes, que venían de pueblos lejanos con el amor á Jerusalem y á Palestina, después de haber atravesado los desiertos y los mares en pos de una fiesta santa, en la cual veían centellear las ideas antiguas, conservadas como celeste patrimonio á través de los siglos y de la incesante persecución, en el seno de tantas generaciones. Destino singular el de estas peregrinaciones judías, las cuales, si van de Egipto á Palestina en tiempos casi pre-históricos, encuentran la idea de la unidad de Dios; si van de Palestina á Nínive y Babilonia con el látigo sobre la espalda y la cadena al pié, encuentran la esperanza en el Mesías; si van de Jerusalem á

Tiro, á Alejandría, á Atenas, propagan la idea del Verbo y unen el Dios de Moisés con el Dios de Platon; si van de Córdoba, de Sevilla, de Granada en aquellas excursiones de la Edad Media, educan las sublimes inteligencias de los doctores eclesiásticos y preparan con la unión de la teología cristiana y de la filosofía aristotélica ó averroista, la ciencia de Santo Tomás y la escolástica de la Iglesia. Así no es maravilla que los judíos de las diversas sectas se encontraran por igual conmovidos y fanatizados en la santa semana de Pascua. Había en Jerusalem judíos alejandrinos, judíos romanos ó resueltos á transigir con Roma, judíos fariseos en los cuales comenzaba la intransigencia hebraica, judíos celosos que eran los exaltados é intransigentes, judíos saduceos que pactaban con el dominador, judíos esenios que hacían penitencia, judíos ebionitas que practicaban la pobreza, y judíos galileos entre los cuales se encontraban los discípulos de Cristo. No es mucho, pues, que estos últimos prepararan al Salvador triunfal recibimiento, cuando lo tenían y lo consideraban por su profeta. Cristo debía recelar de sus imprudencias, pues ido á Jerusalem mucho antes de Pascua, en la llamada fiesta de las luces, aparecía en los pórticos de Salomon, que daban paso al gran templo, y allí conminaba á los sacerdotes, y blandía sobre su cabeza el rayo espiritual de su elocuencia. Pero solo aparecía por la mañana; y de tarde, en cuanto avicinaban las sombras, recogíase en Capharnaum, lugar situado á la entrada misteriosa del desierto. Cuánta no debía ser la ansiedad de los galileos por contemplar, muertos ya sus dos antiguos defensores, al jóven profeta, que entraba en la madurez de la vida y que tenía el don de ablandar las piedras, y de inertes convertirlas al movimiento y al latido de los corazones. Aguardábalo mucha gente en este primer día de la semana de Pascua.

En el camino un publicano quiso verle, y se subió á un sicomoro para saludarle. En casa de Marta, donde había entrado un momento, cierta mujer le derramó bálsamo en los piés y se los enjugó con su propia cabellera. La plenitud de la vida, la elevación creciente de la idea, el sentido íntimo de su divino ministerio, el recogimiento en las soledades reveladoras del desierto, la previsión de una muerte segura y semejante á la que había acabado con sus predecesores, la luz y la poesía recogidas en sus plegarias continuas, dábanle en este período crítico de su vida, cuyo fin se acercaba

á mas andar, algo de la tristeza de los mártires y algo tambien de la majestad de los Profetas. Así las gentes debian ansiar verlo, saludarlo, oir de sus labios elocuentísimos la esperanza vivificadora, acercarse en su doctrina revelada por la inmensidad del desierto y la inmensidad del espíritu, ver cómo surgia de sus palabras inspiradas un nuevo Templo lleno del Dios de Israel y superior al templo de Salomon, segun tantas veces dijeran las misteriosas profecías. En efecto, al acercarse á Jerusalem, rodeado de sus discípulos; seguido de las muchedumbres encontradas á su paso; radiante con esa hermosura mística que dan el recogimiento de las facultades en lo interior y la reflexion tenaz; ceñido con la aureola de las ideas puras, debia despertar el entusiasmo de todos aquellos que necesitan creer, que necesitan sentir, que necesitan adorar, que necesitan explayarse en las grandes efusiones propias á los pueblos de creencias tan vivas y de imaginacion tan exaltada como los pueblos de Oriente. Los galileos le esperaban y arrastraron tras sí á muchas gentes, á quienes encendieron y entusiasmaron á una con su contagioso entusiasmo. Cubrieron el camino por donde debia pasar con sus mantos; llenaron el aire que debia respirar de vítores; hiciéronle subir á blanca pollina que llevaba detrás la inquieta cria; agitaron en torno de su cabeza palmas del desierto y ramas de olivo; y así anunciaron al gobernador romano y á los sacerdotes judíos que latia en el pueblo una nueva esperanza y que en aquella esperanza tronaba una nueva revolucion.

En cuanto los sacerdotes vieron estallar ese entusiasmo en el ánimo de los galileos temblaron por la amenaza de un levantamiento parecido al que otras veces ensangrentara las tierras de Palestina y las calles de Jerusalem. El dia que tal sucediese, acabaría para estos judíos materialistas el templo, y con el templo sus rentas y sus honores, todo lo que envanecía sus almas y todo lo que alimentaba sus cuerpos. Roma, cansada de luchar y de reluchar con los inquietos judíos, dirigida á la sazón por el cruel Tiberio, que tanto se gozaba en la matanza y en el exterminio, llegaria, por fin, á desolar la ciudad y á derruir el templo, que solo se salvaban merced al valimiento de sumos sacerdotes nombrados por virtud y gracia de Sejano, torpe favorito del César. La política inspirada en los intereses transitorios de un pueblo y en los apetitos materiales de una clase levantábase erguida frente á

la conciencia pura y sus divinas é incontrastables aspiraciones al ideal. La sed y el hambre de un dia trataban de contrastar la eterna sed de las almas por lo infinito é interponerse entre el cielo y la tierra como mefítica y negra nube, bastante á oscurecer desde el disco de la divina esencia en su gloria hasta los abismos del humano espíritu en su insondable profundidad. Pobres gentes, que de puro ir al templo material; de puro leer, salmodiándolos, sus antiguos libros litúrgicos; de puro asistir al ritual como máquinas, habian perdido toda nocion de la fuerza que tienen las ideas, é imaginádose á sí mismos capaces de perseguir una doctrina porque perseguian á un hombre; de ahogar una existencia porque ahogaban una aspiracion; de crucificar un dogma porque crucificaban á un profeta, cuando ciegos instrumentos de voluntad superior á la suya, parecian venidos á mostrar toda la milagrosa fuerza del espíritu; tan vencedor de la muerte que el pobre delincuente consagrado al patíbulo debia levantarse en la adoracion universal á Dios de todas las generaciones y la cruz convertirse en el signo divino de la humana redencion. No hay nada que rebaje los caracteres y que mengüe los entendimientos como frecuentar los espacios donde las grandes ideas habitan y no comprenderlas y no recordarlas y no seguirlas, tomando su parte externa, contingente, transitoria, sin penetrar jamás en su fondo y en su sustancia. Así, todos los sacerdocios que al ritual se apegan y del dogma se olvidan, concluyen por parecerse á figuras puramente mecánicas movidas por resortes puramente materiales. Paréceme, al evocar estos santos tiempos de la pasion de Cristo, que veo al sumo pontífice destituido, Anás, el cual conservaba su poder invisible despues de haber perdido su visible autoridad, volviéndose á su yerno Caifás, é imputándole con la acritud de un viejo y desengañado judío todos los peligros que por culpa de aquel jóven, irreverente al templo, empeñado en subvertir los ánimos, corren los privilegios y las obvenciones de su teocrática familia. Caifás, sumo sacerdote á la sazón, llegó al sumo sacerdocio cuando Cristo tenia ya veintiseis años y cayó del sumo sacerdocio cuatro años despues de la muerte de Cristo. Su elevacion se explica por su vileza; y su vileza es la mas vil que pueden tener los hombres; su vileza consiste en adular á los enemigos, á los conquistadores, á los tiranos de su patria. Así el pueblo todo lo veía de mal ojo; y llamaba al salon, donde iba